

El asalto al Moncada

Escrito por Marta Rojas / Bohemia
Jueves, 25 de Julio de 2013 16:18



Cancelado el proceso electoral por el artero golpe del 10 de marzo, que despidió a 135 gobernantes auténticos, legalmente constituidos, y frustró el ascenso al poder de quienes lucían en aquel momento con más ventaja para alcanzarlo –los ortodoxos–, el pueblo cubano volvió a sus faenas en actitud indiferente hacia toda acción o abstención política.

Tal disposición ante los hechos se reafirmó al transcurrir los días y percatarse de que la llamada revolución del 10 de marzo no tenía nada de lo que define y entraña a una revolución, y que paralelamente, el gran partido ortodoxo, con sus colaterales y consejos se fragmentaba velozmente hasta desintegrarse.

Al pueblo lo colmó la desilusión, al extremo de que ya nada oía, y si oía no le importaba gran cosa. Por eso, cuando Fidel Castro dijo en el juicio por los sucesos del cuartel Moncada, que él había acusado a Batista ante los tribunales de justicia por producir el golpe militar y pedido para él la pena de más de cien años de cárcel, todos se extrañaron. El proceso judicial contra el general Batista lo había iniciado el doctor Fidel Castro en los días en que el pueblo se mostraba indiferente a todo.

Fracasada la acción ante los tribunales, Fidel Castro, que había aspirado a representante a la Cámara en la columna del Partido del Pueblo Cubano en la provincia de La Habana se dirigió a Artemisa. A pesar de que su campaña electoral la desarrolló lógicamente, en los municipios de la capital, sabía que en Artemisa existía un fuerte bastión rebelde dentro de las filas de la

El asalto al Moncada

Escrito por Marta Rojas / Bohemia
Jueves, 25 de Julio de 2013 16:18

juventud ortodoxa.

Eran muchachos, más que ortodoxos, seguidores de la línea del extinto Eduardo R. Chibás y a ellos antes que a ningún otro grupo, comunicó Castro sus ideas de derrocar el régimen por las armas. Las palabras de Fidel tuvieron calurosa acogida. La semilla prendió y las primeras células revolucionarias no tardaron en integrarse.

Por largos meses dejó de verse a Fidel por los lugares acostumbrados en La Habana; sus vínculos con el partido eran cada vez menos estrechos; tampoco en la Universidad se le encontraba.

—Es que estoy alejado de todo —respondía a algunas personas que se extrañaban de su actitud y que por mera casualidad se encontraban con él en el camino.



El único que sí sabía en qué andaba Fidel Castro era un joven contador público, radicado en La Habana, procedente del central Constancia, en Las Villas, Abel Santamaría Cuadrados, que trabajaba en una importante firma comercial en el Vedado. Abel lideraba una peña de contables con sede en el edificio de 25 y O, donde se hablaba de Martí, de Chibás y de una revolución distinta, basada en postulados de saneamiento moral y administrativo preconizado por el difunto fundador de la ortodoxia. A esa peña concurría Fidel. De esa peña salieron las primeras contribuciones económicas para financiar la acción del cuartel Moncada. La peña de contables de Abel Santamaría ofrendó los primeros mártires del 26 de julio.

Adquiridas las armas necesarias; adoctrinadas en la disciplina militar, en la historia y en el pensamiento martiano, las células revolucionarias y dispuestos todos a morir si fuera necesario, Fidel y Abel trazaron el plan del asalto al Regimiento Uno de Santiago de Cuba. Ellos dos conocían cuándo y qué objetivo iba a atacarse.

¿Por qué Moncada y Bayamo?

Porque las páginas más heroicas de la historia de Cuba se escribieron allí, y la historia se repite. Por eso Fidel Castro insistió con Abel Santamaría en que el "grito" se diera en Oriente.

El asalto al Moncada

Escrito por Marta Rojas / Bohemia
Jueves, 25 de Julio de 2013 16:18

Pero si la operación debía ser en esa provincia era necesario tener hombres en aquel punto. El factor sorpresa era lo esencial para el éxito de los planes trazados y para lograrlo la discreción tenía que ser absoluta. Por eso los primeros sorprendidos el 26 de julio de 1953 fueron los santiagueros y los bayameses. Y solo un vecino de Santiago, Renato Guitart, colaboró en el plan con Fidel Castro y Abel Santamaría aunque no fue hasta la víspera del día del ataque que supo Guitart cuál era realmente el objetivo.

Renato Guitart, joven residente en Santiago de Cuba, natural de Cárdenas, alto, delgado, de rostro pálido, sombreado en la mejilla izquierda por una gran mancha roja, un muchacho tranquilo y discreto que conocía a Fidel Castro personalmente, fue la persona señalada para que recibiera en Santiago de Cuba a Ernesto Tizol Aguilera, técnico agricultor con modales sajones, que se establecería en las afueras de aquella ciudad como granjero, especializado en la crianza de pollos.

Abandonando un próspero negocio en la ciudad de Miami, Tizol, recién casado en esos días, se trasladó a Cuba para fundar la nueva empresa que culminaría en una acción bélica y en un juicio trascendental; el proceso político más importante de la historia judicial de Cuba republicana: La Causa 37, colofón del primer acto que cimentó una revolución armada que triunfó y cuya dimensión y fuerza son imprevisibles.

Ernesto Tizol, el presunto criador de pollos de granja, alquiló una bastante vieja y espaciosa residencia campestre, con dos acres de terreno, en el camino que conduce a la playa Siboney, a unos 15 minutos del centro urbano de Santiago de Cuba y a dos kilómetros de las primeras estribaciones de la Sierra Maestra, el sistema montañoso más extenso y elevado de la región de Oriente. Esto ocurría en abril de 1953, tres meses antes del 26 de julio. La estratégica finca fue arrendada a su propietario, el señor José Vásquez, un comerciante de la localidad.



Pronto comenzaron a llegar por expreso de ferrocarril cajas de alimento para aves, huevos, pollos e implementos agrícolas consignados a la granja de Tizol en Siboney, donde simultáneamente se laboraba en la instalación de incubadoras en lugares visibles desde la carretera. Frente a la vieja residencia se improvisó con tablones un rústico garaje que ocultaba discretamente un enorme pozo.

Un viejo matrimonio español, vecino de la granja, Renato Guitart y un joven procedente de La

El asalto al Moncada

Escrito por Marta Rojas / Bohemia
Jueves, 25 de Julio de 2013 16:18

Habana, Abel Santamaría, eran los más asiduos visitantes de Tizol. En una o dos oportunidades fue recibido en la finca un robusto abogado de Mayarí aparentemente interesado en la instalación avícola: era Fidel Castro.

Aquellos pacíficos jóvenes parecían vivir alejados totalmente de la pugna política nacida del golpe militar del 10 de marzo de 1952. Salidas en auto por los alrededores de la ciudad y constantes viajes al expreso ferroviario de la Alameda Michaelson era toda la distracción del magro granjero. Al segundo mes de su estancia en Santiago de Cuba arribó a la granja un colaborador que permanentemente compartiría las labores con él: Abel Santamaría acompañado de una mujer que resultó ser su hermana Haydée haciéndose pasar por su esposa.

A partir de ese instante, la actividad en la finca fue febril, los viajes se intensificaron de Santiago a La Habana y de La Habana a Santiago. El mayor trajín comenzaba en horas de la noche cuando se vaciaban las maletas que traían en sus excursiones de negocios a la capital y que contenían ropas y ¡armas!

Entre los alimentos para aves y cajas de huevos consignadas, venían implementos bélicos e importante documentación. Próximos los festejos de carnaval que en Santiago duran aproximadamente un mes, incluyendo los ensayos de comparsas y grupos folclóricos, no llamaba la atención el inusitado movimiento en la antes apacible granja de Tizol.

La explicación acordada a posibles curiosos era sencilla: se preparaban para recibir a grupos de amigos que vendrían de La Habana para participar de los festejos de Santa Cristina, Santiago, Santa Ana, los días 24, 25 y 26 de julio, fechas apoteósicas de los mamarrachos de la ciudad oriental. No cabía la menor duda de que aquellos eran tranquilos ciudadanos que nada tenían que temer, lo que justifica que desde el portal de la casona vieran pasar sin inmutarse a los carros que acompañaban al coronel Alberto del Río Chaviano, jefe militar de la provincia, cuando se dirigía a la playa Siboney, donde el nefasto coronel tenía una residencia de verano muy frecuentada.

Aclarado que no existió nunca la menor sospecha en relación con los arrendatarios de la finca Siboney, ni aun para el matrimonio anciano que tenían como vecinos más próximos. La llegada de una mujer a la granja agregó naturalidad al desenvolvimiento de acontecimientos futuros. Pronto fueron compradas más de dos docenas de colchonetas y una vajilla rústica.

—¡Venían amigos de La Habana para disfrutar de las fiestas y pensaban sacar algún dinero para mejorar el negocio hospedándolos allí, pues los hoteles no daban abasto en la ciudad!

Esa fue la respuesta que dio Haydée Santamaría a los empleados de la colchonería cuando ingenuamente le preguntaron: "¿Esta es una casa o un cuartel?" La respuesta satisfizo a los de la colchonería, los que auguraron a Haydée un buen negocio, pues los mamarrachos iban a estar "muy buenos ese año".

En los días próximos a la hora cero convivieron con Tizol en su granja Abel Santamaría, Elpidio Sosa y Renato Guitart.

El asalto al Moncada

Escrito por Marta Rojas / Bohemia
Jueves, 25 de Julio de 2013 16:18

